

Los campos lucían la galanura del hojoso verdor del verano; y las margaritas invadían vivaces los caminos; y aunque aplastadas a trechos por el ir y venir de las tropas y los bagajes de guerra, empeñábanse todavía en alzarse nuevamente hacia el azul del cielo, cual si protestaran del exterminio del hombre . . .

Rojas amapolas florecían por doquier, y semejando cuajarones sangrientos, evocaban el espectro de la guerra, entristeciendo el festival de la naturaleza! . . .

Cuando un oficial o soldado, detenía el automóvil en que viajaba la Duquesita, cumpliendo un mandato militar, enternecíase al ver a esa madre, amamantando a su hijo, transitar por los caminos cubiertos de tropas, por ir a presentárselo al padre. Al mostrar entonces el pase especial que la autorizaba a viajar por aquella zona, la dejaban continuar su ruta.

Al llegar al campamento a que se dirigía, se dió a conocer al jefe, enseñándole el despacho que la daba permiso para permanecer unos días allí. Preguntó por el Capitán, y la dijeron que se hallaba combatiendo a pocas leguas de aquel sitio.

Oyendo el incesante cañoneo, que hacía retemblar la tierra, y el estallido de las bombas, esperó, angustiada . . .

Al atardecer llegó un convoy de heridos; de entre éstos sacaron al Capitán y lo trasladaron espirante a su tienda. Oficiales y soldados se agruparon en torno del que moría por recuperar la bandera de manos del enemigo.

La joven se lanzó con su niño en brazos hacia la camilla de su amante . . .

¡La bandera!--exclamó el herido.

Alguien trajo una y la puso al pecho del agonizante, cubriendo a medias con ella a la madre y al hijo.

¡La mujer . . . el hijo!--musitó el moribundo, y espiró.

Nadie supo si al hablar de la bandera el extinto, lo hizo imaginando hallarse aún defendiéndola del que lo hirió, o si fué el delirio de la muerte que lo impulsó a invocarla junto con la mujer y el niño. Acaso reconoció a la madre y presintió a su hijo, en alta voz ligándolos con unísono sentimiento a la insignia patria! . . .

La joven, arrodillada al borde de la camilla mortuoria,

lloraba silenciosamente, sosteniendo al niño, que sonreía...  
Pasado un rato, se levantó, manifestando en sus ojos un dolor indecible, y en la alzada frente una orgullosa satisfacción.

Los militares se cuadraron reverentes, rindiendo pleitesía a la majestad de mujer que pasaba! . . .

\* \* \*

Después de la enfermedad que tuvo a raíz de la muerte del Capitán, la Duquesita se fué a pasar la convalecencia a un pueblecillo costeno.

Iba para un año que residía allí, cuando un día le anunciaron al Coronel del mismo regimiento a que perteneció su amante.

Lo hizo conducir a la sala.

Por los periódicos supe que fué herido, Coronel—le dijo ella—¿Se encuentra usted ya bien?

--¡Sí, señora! Pero antes de incorporarme de nuevo a mi regimiento, he querido visitarla.

Los dos guardaron silencio, pensando a un tiempo mismo en el muerto.

Luego, ella suspiró.

--¿Sufre usted?--la preguntó el Coronel.

--He sufrido; mas ahora sólo siento una resignada melancolía.

--¿Y el niño . . . estará muy crecido?

--¡Ya empieza a andar!--dijo, ufana, la madre:--Venga usted y lo verá.

Y llevó al oficial a una ventana que daba al asoleado huerto de la casa.

Bajo un emparrado, el nene, rebosando salud, procuraba mantenerse de pie; y el Duque, de espaldas a la ventana que ocupaban el Coronel y la joven, y a pocos pasos del niño, lo incitaba a andar, mostrándole una pequeña bandera.

El chiquito, atraído por los colores nacionales, se resolvió por último a intentar la hazaña de conquistarlos: tambaleándose se dirigió adonde estaba el Duque; tres pasos

■ INTERESANTE material el próximo número